

—¡Magnífico! Heme aquí desavenido con la reina madre, con el rey y con la señorita de Saint-André, y todo ello á la vez y por una sola causa. ¡Buena mañana para un segundón de Navarra! Pero ¡bah! añadió filosóficamente; también es verdad que los segundones pasan por donde los primogénitos no pasarían nunca.

Y descendió contento la escalera, cruzó caballerescamente el patio, y saludó al centinela, que le presentó las armas.



XXI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

EL HIJO DEL CONDENADO

Dijimos que el príncipe dió cita á Roberto Stuart, de siete á ocho de la noche, en la plaza y delante de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Para dirigirse á este sitio podía haber tomado por el puente de Nuestra Señora y el de los Molinos, pero, como si le atrajera un imán hacia el Louvre, cruzó el río y llegó delante de la torre de Madera.

Se iba hacia el peligro como la inocente mariposa se va hacia la luz.

Conocía perfectamente aquel camino, que por espacio de algunos meses estuvo haciendo todas las noches.

Siguió la misma vía y llegó al pie de las ventanas de la señorita de Saint-André, deteniéndose allí como todas las noches.

Tras de las tres ventanas que correspondían á las habitaciones de la joven, estaban las cuatro que daban á las de su padre, y después de éstas había otra que constantemente estaba cerrada y en la cual nunca había reparado.

Esta vez tampoco se fijó en ella, cuando de pronto le pareció oír que las vidrieras giraban sobre sus goznes. Miró y le pareció ver que una mano pasaba por la entreabierta ventana, y que de esta mano se escapaba, flotando en el aire como una mariposa, un papel, que se apresuró á coger.

Desapareció la mano, cerróse la ventana y el príncipe se

quedó con aquel objeto, que cogió casi en el aire, sin saber si era á él á quien iba dirigido.

La media que acababa de tocar la campana de Saint-Germain-l'Auxerrois, le recordó la cita con Roberto, y comprendió el camino en aquella dirección.

Esperando estaba y daba vueltas entre sus dedos al misterioso papel, ansiando conocer su contenido.

En la esquina de la calle de Chilperico, había una pequeña hostería y en la pared un nicho con una imagen, ante la cual ardía una antorcha de resina que servía tanto para demostrar que el dueño de la posada era un buen católico, cuanto para que supiesen los viajeros ó transeuntes que allí se admitían huéspedes por la noche.

El príncipe se aproximó á la hostería, subió sobre el banco que había cerca de la puerta, y á la luz de la antorcha leyó el contenido del papel, que decía así:

«El rey se ha reconciliado momentáneamente con la reina madre. Esta noche asistirán á la ejecución del conserjero Anne Dubourg. No me atrevo á deciros «huid», mas sí os digo: «No entréis en el Louvre; os va en ello la cabeza».

Si sorpresa causaron al príncipe las primeras palabras, llenáronle de estupefacción las últimas.

¿De quién procedía aquel aviso? De un amigo indudablemente. Pero ¿de qué sexo era este amigo? ¿Era amigo ó amiga? Indudablemente lo segundo, porque un hombre no habría escrito así.

Además, en el Louvre no había hombres, no había más que cortesanos, y ninguno de éstos habría querido incurrir en la desgracia que su caridad merecía.

Pero si era de una mujer, ¿quién era ésta?

¿Qué mujer podía interesarse tan vivamente por él para comprometerse, en el caso de que su aviso fuera conocido, con la reina madre, al mismo tiempo que con el rey y con la señorita de Saint-André?

Sería acaso esta misma.

Un momento de reflexión bastó al príncipe para comprender que no era posible.

Había herido cruelmente á la leona, y ésta debía estar ocupándose únicamente de la herida que le había causado.

En el Louvre había también dos ó tres antiguas queri-

das suyas, pero sabido es que las mujeres, cuando no aman, aborrecen.

Una sola quizás conservaría, respecto á él, alguna ternura, que era la linda señorita de Limeuil; pero él conocía hacía mucho tiempo su letra, y no era, por cierto, la que estaba mirando.

El príncipe se empinó cuanto pudo para acercarse á la luz y ver si conseguía adivinar á quién podía pertenecer aquel aviso.

Indudablemente la letra era de mujer, y además el billete exhalaba ese delicioso perfume de gabinete femenino que no se confunde con nada.

Pero al llegar aquí, volvía á la anterior cuestión: ¿Quién era la mujer que lo había escrito?

El príncipe de Condé, que había olvidado su cita preocupado con aquella carta, hubiera pasado toda la noche buscando el nombre de aquella mujer, probablemente sin haberlo podido encontrar, si felizmente para él, Roberto, que acudía á la cita y que le vió subido sobre el banco, no hubiese aparecido de repente dentro del círculo de luz que proyectaba la antorcha de la hostería.

Saludó al príncipe, y éste no pudo menos de avergonzarse de haber sido sorprendido leyendo aquel billete.

—Soy yo, príncipe, dijo el joven.

—Ya veis, le dijo Condé, cómo cumplo mi palabra.

—Y yo, repuso Roberto, espero que se me presente ocasión de probaros que también cumplo la mía.

—Tengo una triste noticia que anunciaros, caballero, dijo el príncipe con acento conmovido.

Roberto sonrió amargamente.

—Hablad, señor, dijo, ya estoy preparado para todo.

—Caballero, dijo el príncipe con una gravedad que no hubiera dejado de sorprender á los que le consideraban como uno de los caballeros más frívolos de su tiempo; vivimos en una época en que las nociones del bien y del mal son confusas, vacilantes é indecisas; el mundo, desde hace algunos años, parece que está en un período de elaboración, y los dolores que ocasiona este trabajo arrojan en el alma de algunos claridades siniestras, mientras que sumergen las de otros en profundas tinieblas. ¿Qué resultará del choque de las pasiones que se agitan en este momento? Lo ignoro...

—¿Por qué no decirme de una vez, príncipe... «Joven, tu padre ha sido condenado; te había prometido su perdón y ese perdón se me ha negado; te había dicho que tu padre no moriría y tu padre va á morir esta noche?»

—Caballero, dijo Condé casi avergonzado de la mentira con que trataba de engañar al joven, quizás no esté todo tan adelantado como decís.

—¿Pretendéis infundirme esperanza? preguntó Roberto. Condé no se atrevió á continuar de aquel modo.

—Ayer, dijo, la sentencia de muerte no estaba aprobada ni firmada por el rey. Hoy, á pesar de todos mis esfuerzos, ha firmado, y dentro de una hora quizás será ejecutado.

—¡Una hora! murmuró sordamente el joven. ¡Oh! ¡muchas cosas pueden hacerse en una hora!

Y echó á correr. Pero se detuvo de pronto, y volviendo al lado del príncipe, le cogió la mano, que cubrió de besos y baño de lágrimas, diciendo:

—Desde hoy, desde este momento, príncipe, no tenéis un servidor más fiel ni más leal que yo. Mi cuerpo, mi alma, mi cabeza, mi brazo, mi corazón, son vuestros, y dispuesto estoy á perder por vos hasta la última gota de mi sangre.

Después se alejó lentamente y desapareció en el ángulo del muelle.



XXII

MEZIERES DEJA DE SER PAJE

Ya había llegado Roberto á la altura de la parte de la Cité, y el príncipe no había salido todavía de su preocupación.

Es verdad que esta preocupación había, por uno de esos raros caprichos de la memoria, pasado de Roberto al famoso billete que había caído de la ventana del Louvre y que había leído poco antes.

Pero un nuevo incidente fué á sacarle de su preocupación.

Un joven, con la cabeza descubierta y sin el colete, la respiración anhelante, salió del Louvre y cruzó la plaza corriendo como si fuera perseguido.

El príncipe creyó reconocer al paje del mariscal de Saint-André, á quien había visto una vez en la posada cerca de Saint-Denis y otra en los jardines de Saint-Cloud.

—¡Eh! le gritó cuando estuvo á diez pasos de él, ¿dónde vais corriendo así, amigo?

El joven se detuvo como si se le hubiera presentado un obstáculo insuperable.

—¡Sois vos, monseñor! exclamó reconociendo á su vez al príncipe, á pesar de la oscura capa que le envolvía y del sombrero que oscurecía su frente.

—Yo soy, y si no me engaño, vos sois Mezieres, el paje del mariscal de Saint-André.

—Sí, monseñor.

—Y, además, si hemos de creer las apariencias, enamorado de la señorita de Saint-André, añadió el príncipe.

—Lo estaba, sí, monseñor, pero ya no lo estoy.

—¡Hola!

—Os lo juro.

—Sois bien dichoso, repuso Condé con acento entre triste y festivo; sois bien dichoso pudiendo desprenderos así de vuestros amores; pero no creo que sea verdad.

—¡Cómo! monseñor.

—Si no estuviérais enamorado como un loco, ó loco como un enamorado, no me explicaría esa carrera en medio de la noche, descubierta la cabeza y medio desnudo.

—Es que acabo de recibir el ultraje más grande que un hombre puede recibir.

—¡Un hombre! dijo el príncipe sonriendo; en ese caso no os referiréis á vos.

—¿Por qué?

—Porque vos sois un niño.

—Os digo, monseñor, que he sido tratado de un modo inicuo; y, hombre ó niño, como que tengo el derecho de llevar espada, me vengaré.

—Pues si tenéis el derecho de llevar espada, ¿por qué no os habéis servido de ella?

—He sido cogido por los criados, me he visto sujetado y agarrado, y...

El joven se detuvo con un gesto de suprema cólera, y sus azules ojos, como los de los animales nocturnos, brillaron en medio de la oscuridad.

En este signo reconoció el príncipe al hombre de odio y de sangre.

—¿Y qué? preguntó el príncipe.

—He sido azotado, monseñor, dijo el joven con un grito de rabia.

—Ya veis, dijo el príncipe burlándose, que se os ha tratado como á un niño, no como á un hombre.

—Monseñor, repuso Mezieres, los niños se convierten muy pronto en hombres cuando se tienen diez y siete años y una injuria semejante que vengar.

—Muy bien, repuso el príncipe con seriedad. Me gusta ese lenguaje, joven. Y decidme: ¿qué hicisteis para merecer semejante afrenta?

—Ya sabéis, como habéis dicho, que estaba enamorado

de la señorita de Saint-André, y al hacer os esta confirmación, permitidme que os pida mil perdones.

—¿Por qué?

—Porque la amabais tanto como yo.

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque os habíais apercebido de ello?

—No sabéis, señor, todo lo que me habéis hecho sufrir.

—Vamos, continuad.

—Habría dado mi vida por ella, prosiguió el paje, y fuera la que quisiese la distancia que el nacimiento hubiese podido poner entre ella y yo, me sentía dispuesto, si no á vivir, al menos á morir por ella.

—Conozco todo eso, dijo el príncipe haciendo un movimiento con la mano como si quisiera desvanecer alguna idea importuna.

—La amaba tanto, monseñor, que me habría resignado á verla esposa de otro, siempre que éste la hubiese amado y respetado como yo habría hecho. Saber que era amada y feliz hubiera sido mi satisfacción. Ya veis hasta dónde llegaban mis aspiraciones.

—¿Y qué ha sucedido? preguntó el príncipe con alguna impaciencia.

—Cuando he sabido que era la querida del rey, cuando he sabido que engañaba no sólo á mí, que era su esclavo más que su amante, sino á vos, que la adorabais, á M. de Joinville, que se iba á casar con ella, y á toda la corte, que en medio de esa multitud de mujeres deshonradas y perdidas la creía una joven cándida, casta y pura; cuando he sabido todo esto, y que era la favorita de otro hombre...

—Cuidado, que no se trata de otro hombre, repuso el príncipe con un acento indefinible, sino del rey.

—Bien; aunque sea el rey. Puedo aseguraros que al saberlo, por más rey que sea, he tenido ideas de matarle.

—¡Demonio, querido paje, no pensasteis poco! ¡Matar al rey por una aventura amorosa! Si habéis sido azotado por esas ideas, me parece que no tenéis motivo para quejaros.

—¡Oh! no ha sido por eso, no, señor, dijo Mezieres.

—¿Por qué, entonces? Vuestra historia empieza á interesarme, y, si os es igual, podéis contármela mientras vamos andando. Tengo los pies helados y además tengo algo que hacer cerca de la Greve.

—Poco me importa donde vaya con tal que me aleje del Louvre.

—Perfectamente; pues venid conmigo, que os escucho. Después, mirándole y sonriendo, continuó:

—Ya veis como nuestra desgracia es común. Ayer era yo el que descabais matar creyéndome amado. Hoy, que á quien se ama es al rey, nos acerca el infortunio y soy vuestro confidente, y confidente en cuya lealtad tenéis tal confianza, que le manifestáis vuestro deseo de dar muerte al rey, como quien no dice nada. Pero vamos, el caso es que no le habéis muerto. ¿Verdad?

—No. Pero he pasado en mi habitación una hora presa de una fiebre ardiente que me consumía.

—¡Bah! murmuró el príncipe; como yo.

—Al cabo de dos horas, sin haber tomado resolución alguna, me dirigí á la habitación de la señorita de Saint-André para reprocharle su infame conducta.

—Como yo hice, murmuró el príncipe.

—Pero no estaba.

—Ahora ya desaparece la semejanza. Yo he sido más feliz que vos.

—Fué el mariscal quien me recibió, y como, según decía, me estimaba, al verme pálido y agitado se sorprendió, diciéndome:

«—¿Qué tenéis, Mezieres? ¿Estáis enfermo?

»—No, monseñor, le respondí.

»—¿Pues qué tenéis que os trastorna tanto?

»—Tengo el corazón lleno de amargura y de odio.

»—¡De odio, Mezieres, á vuestra edad! El odio sienta mal en la edad del amor.

»—Monseñor, yo aborrezco y quiero vengarme. Por eso venía á pedir consejo á la señorita de Saint-André.

»—¿A mi hija?

»—Sí, señor, y puesto que no está...

»—Ya lo veis.

»—Os pediré á vos ese consejo.

»—Hablad, hijo mío.

»—Monseñor, continué, amo ardientemente á una mujer.

»—Me alegro, Mezieres, contestó el mariscal riendo; habladme de vuestros amores. Esas son las palabras que sientan perfectamente en vuestros labios. A vuestra edad, esas frases sientan tan naturalmente como en primavera las flores en los jardines. Y vamos á ver, ¿sois correspondido por la que amáis?

»—Monseñor, no lo he pretendido nunca. Era ella tan superior á mí por su nacimiento y por su fortuna, que yo la adoraba en el fondo de mi pecho como se adora á una virgen.

»—¿Entonces se trata de alguna dama de la corte?

»—Sí, monseñor, contesté balbuceando.

»—¿La conozco?

»—¡Oh! sí.

»—Pues bien, ¿qué os sucede? ¿Es que se casa con otro? Hablad.

»—No, monseñor, contesté excitado por la cólera que aquellas palabras me produjeron; la mujer á quien amo no se va á casar.

»—¿Por qué? me preguntó el mariscal mirándome con inquietud.

»—Porque esa mujer es ya públicamente la querida de otro.

»Al escuchar el mariscal estas palabras, se turbó. Púsose pálido como un muerto, y dando un paso atrás, me dijo con dureza:

»—¿De qué queréis hablarme?

»—Demasiado lo sabéis, monseñor, y cuando vengo á hablaros de mi venganza es porque presumo que en estos momentos buscáis á alguno para que os ayude en la vuestra.

»En este momento entró en la estancia el capitán de guardias.

»—¡Silencio! me dijo el mariscal; ¡silencio, por vuestra vida!

»Después, como si hubiese juzgado que era más prudente alejarme de allí, prosiguió:

»—Salid.

»Comprendí, ó mejor dicho, creí comprender que si después ocurría alguna desgracia al rey y que aquella desgracia procediese de mí, el mariscal podía verse comprometido puesto que el capitán le había visto hablando conmigo.

»—Obedezco, monseñor, le dije.

»Y me fui por una de las puertas de escape que daba al interior á fin de no ser visto por el capitán.

»Solamente que, una vez fuera de la cámara, me detuve, y andando de puntillas me acerqué á la estancia de donde saliera y me puse á escuchar por entre la tapicería.

»Juzgad de mi sorpresa y de mi indignación cuando oí

que el capitán era portador del nombramiento del mariscal como gobernador de Lion.

»El mariscal recibió aquellos favores con la humildad del súbdito reconocido, y el capitán fué el encargado de hacer presente la gratitud del padre al amante de su hija.

»Apenas se marchó el capitán, me lancé á la habitación del mariscal, y no sé lo que le dije, no sé de qué manera injurié á aquel padre que vendía á su hija; pero lo que sí sé es que después de una lucha desesperada en que buscaba ó pedía la muerte, me vi sujeto, agarrotado, en manos de los lacayos, que me azotaron sin piedad. ¡Oh! ¡qué infamia!

»En medio de las lágrimas, ó mejor dicho á través de la sangre que empañaba mis ojos, vi al mariscal que me contemplaba desde una ventana de su habitación. Entonces hice un juramento terrible: juré que aquel hombre que mandaba azotar al que iba á ofrecerse para vengarle, moriría á mis manos.

»No sé si fué efecto del dolor ó de la cólera por lo que me desvanecí, pero al recobrar la razón me encontré libre y me lancé fuera del Louvre ratificando el juramento terrible que había hecho. ¡Monseñor! ¡monseñor! continuó el paje con una exaltación creciente, ¡no sé si es cierto que no soy más que un niño; mas por mi amor y por mi odio me creía otra cosa! Vos sois un hombre y además un príncipe; pues bien, vuelvo á repetiros lo que dije entonces: ¡el mariscal morirá á mis manos!»

—¡Cuidado! dijo el príncipe.

—Y menos todavía por la injuria que me ha hecho que por la que ha recibido.

—¿Sabéis que semejante juramento casi es una blasfemia?

—Monseñor, dijo el paje fijo en el pensamiento que le torturaba y como si no hubiera escuchado las palabras del príncipe; es un milagro de la Providencia que ha permitido que al salir del Louvre fueseis vos la primera persona á quien me encontrase. Monseñor, os ofrezco mis servicios. Nuestro amor era igual ya que nuestro odio no sea el mismo. En nombre, pues, de ese amor común os ruego que me recibáis entre vuestros servidores; mi cabeza, mi corazón, mi brazo serán vuestros, y á la primera ocasión os probaré que no se me puede acusar de ingrato. ¿Aceptáis?

El príncipe permaneció un rato pensativo.

—¿Qué decis, monseñor? repitió el joven impaciente. ¿Aceptáis la oferta de mi vida?

—Sí, dijo el príncipe cogiendo entre las suyas las manos del joven; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que renunciaréis á vuestro proyecto de asesinar al mariscal.

—Todo cuanto queráis menos eso, contestó el joven con exaltado acento.

—Peor para vos. Esa es la primera condición que os impongo.

—Os lo ruego de rodillas; no me exijáis una cosa semejante.

—Si no me hacéis el juramento que os pido, alejaos de aquí; no quiero conoceros.

—Pero monseñor...

—Yo mando soldados, no asesinos.

—¿Pero es posible que un hombre rehuse á otro el permiso de vengar una injuria mortal?

—Del modo que vos decis, sí.

—¿Hay acaso algún otro medio?

—Quizás.

—¡Oh! dijo el joven moviendo la cabeza á uno y otro lado. Nunca consentirá el mariscal en cruzar su espada con uno de sus antiguos servidores.

—En un duelo regular ya se ve que no, pero puede encontrarse ocasión en que el mariscal no pueda rehusaros ese honor.

—¿Y esa ocasión?...

—Suponed el caso de que podáis encontrarle en el campo de batalla.

—¡En el campo de batalla!

—Ese día, Mezieres, yo me comprometo á cederos mi plaza si fuera yo y no vos quien se encontrara frente á él.

—Pero ¿llegará ese día? preguntó el joven.

—Más pronto quizás de lo que pensáis, respondió el príncipe.

—¡Si estuviera seguro de eso!

—¿Quién diablo puede tener esa seguridad absoluta? Hay probabilidades.

El joven permaneció á su vez un instante pensativo.

—Está bien, monseñor, dijo, no sé de qué nace mi pre-

sentimiento de que hay, efectivamente, algo de extraño y amenazador en el aire. Además, en otro tiempo se me hizo una predicción y... acepto, monseñor.

—Y juráis...

—No asesinar traidoramente al mariscal; pero si las probabilidades de que habláis se convierten en realidad y le encuentro en el campo de batalla...

—¡Oh! Entonces os le cedo, vuestro es, os le doy. Lo único que os encargo, y nada más que por vuestro bien, es que vayáis con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque el mariscal es un bravo soldado.

—Esa es cuenta mía. Que la suerte me ponga delante de él, eso es todo lo que quiero.

—Entonces, está dicho; con esa condición, sois de los míos.

—Gracias, monseñor.

El joven cogió la mano del príncipe y la besó con profunda gratitud.

Habían llegado á la altura del puente de los molinos, á tiempo que la multitud aflúa y comenzaba á invadir la plaza de Greve.

El príncipe creyó prudente deshacerse de Mezieres como se había desembarazado de Roberto.

—¿Conocéis el palacio de Condé? le dijo.

—Sí, monseñor.

—Pues bien, idos á él y decid que formáis parte de mi casa desde hoy y que os den una habitación en el departamento de mis escuderos.

Después, con aquella sonrisa que cuando él quería hacía amigos de sus enemigos, prosiguió:

—Ya veis que os trato como un hombre, puesto que ya no sois paje.

—Gracias, monseñor, contestó respetuosamente Mezieres; desde este momento disponed de mí como de una cosa que os pertenece por entero.

El príncipe no pudo menos de sonreirse.

Mezieres prosiguió:

—Habéis hecho demasiado por mí, y cuanto yo hiciera por vos fuera poco para pagaros como merecéis.

Tan hondo reconocimiento denotaba la expresión del ex paje, que el príncipe se sintió conmovido.

—Id, Mezieres, le dijo, id donde os he dicho, y quien sabe si más pronto de lo que creéis se os presentará la ocasión que deseáis.

—Sea cuando quiera, la recibiré como un bien que proviene de vos.

El joven, obedeciendo á una indicación del príncipe, se confundió bien pronto con la multitud que invadía la plaza.

LO QUE PESABA LA CABEZA DEL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Digamos ahora lo que sucedía en el Louvre mientras se desarrollaban los acontecimientos que referimos en los capítulos precedentes, es decir durante la conversación sostenida por el príncipe de Condé con Roberto Stuart primeramente y después con Mezieres.

Hemos visto de qué suerte el rey despidió á Condé, y cómo Condé se despidió de la hija del mariscal.

Abrumada la señorita de Saint-André por el sarcasmo del príncipe, vióle salir de la cámara, muda é inmóvil por la fuerza del dolor; pero bien pronto, como leona herida que, derribada por el golpe, vuelve en sí poco á poco, sacude y levanta la cabeza, extiende y contempla sus garras y corre después jadeante al próximo riachuelo para verse en sus aguas y convencerse de que conserva intacta su gallardía y su fiereza, así también la orgullosa niña sintió reaccionarse su espíritu, estremeciósse su cuerpo, corrió al espejo para cerciorarse de que las oleadas del odio que germinaba en su corazón no habían alterado en lo más mínimo la maravillosa hermosura y la incomparable sonrisa que habían de ser para ella armas avasalladoras y terribles; y segura del poder de sus encantos, dirigióse decididamente á las habitaciones del rey.

El acontecimiento de la vispera había corrido de boca en boca, por lo cual la señorita de Saint-André vió abrirse ante ella todas las puertas, y apenas indicó el deseo de no ser

anunciada, inclináronse ceremoniosamente los ujieres y dejaron libre el paso, limitándose á señalar con el dedo la puerta de la regia cámara.

El rey, que empezara su aprendizaje de reinar de una manera tan ruda, habíase quedado, como dijimos, anonadado en su sillón y profundamente pensativo.

Así pasó algún tiempo.

Después, comprendiendo que el peso de los negocios del estado era superior á sus fuerzas, envió un recado á Catalina de Médicis, pidiéndola su venia para ir á verla ó bien que ella le hiciera la merced de pasar á sus habitaciones.

Temiendo estaba ver aparecer en su aposento la severa figura de su madre, y apenas si se atrevía á dirigir una mirada á la puerta cuando percibía el más leve rumor.

Largo rato había pasado, como decimos, cuando alzándose suavemente el tapiz que cubría la puerta de la cámara, en vez de la figura grave y severa de Catalina apareció en la estancia la vaporosa y encantadora de la señorita de Saint-André.

Penetró sin hacer ruido, se acercó al rey, y cuando estuvo cerca de él le pasó amorosamente los brazos alrededor del cuello, y cuando él levantaba la cabeza, sintió unos labios ardientes posarse sobre su frente. Aquella no era Catalina de Médicis, sino la señorita de Saint-André.

Así fué que el rey no tuvo necesidad de ver el rostro que sonreía, para exclamar:

—¡Carlota!

—Sí, mi querido rey, repuso la joven, yo soy; pero decidme *mi* querida Carlota, á menos que no me permitáis que yo diga *mi* querido Francisco.

—¡Oh! sí, mi querida Carlota, exclamó el rey, recordando el precio á que había comprado este derecho en la discusión terrible que había tenido con su madre.

—Pues vuestra Carlota viene á pedirnos una cosa.

—¿Qué?

—Saber lo que pesa la cabeza de un hombre que me ha insultado mortalmente.

La pálida frente de Francisco II se coloreó un instante.

—¿Un hombre os ha insultado mortalmente, querida mía? Entonces es hoy día de insultos, porque también á mí me ha ofendido otro, y desgraciadamente no me puedo vengar; pero el vuestro pagará por los dos.

—Gracias, rey mío.

—¿Qué castigo pedís para el culpable?

—¿No os he dicho que la injuria era mortal? Pues una injuria de esta naturaleza merece la muerte.

—¿Y cuál es la cabeza que me pedís?

—La del hombre que me ha insultado.

—Pero para daros la cabeza de ese hombre, dijo Francisco II sonriendo, es necesario que yo sepa su nombre. ¿Es acaso algún consejero del Parlamento como ese desgraciado Dubourg á quien vamos á quemar mañana?

—No es un hombre de ciencia, señor, es un hombre de espada.

—Con tal de que no le protejan ni los Guisas, ni Montmorency, ni vuestro padre, iremos bien.

—No solamente no le protegen, sino que es su enemigo mortal.

Una idea cruzó por la mente del rey.

—¿Decís que un hombre os ha insultado?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Y dónde?

—En mi habitación, allí ha entrado al salir de vuestra cámara.

—¡Ah! comprendo; se trata de mi primo Condé.

—Justamente, señor.

—¿Y me pedís su cabeza?

—¿Por qué no?

—¡Un príncipe real!

—¡Valiente príncipe!

—¡Un hermano de rey!

—¡Excelente rey, por cierto!

—Querida mía, pedís demasiado, dijo el rey.

—Es que no sabéis lo que ha hecho.

—Lo sé todo.

—¿Todo?

—Desde el encuentro del pañuelo hasta dejarlo caer en la cámara de la reina madre.

—Pues no es eso todo.

—¡Cómo!

—Ese hombre estaba en nuestra cámara.

—¿En nuestra cámara? No le he visto.

—Pero él nos ha visto, señor; me ha visto á mí.

—¿Os lo ha dicho?

—Y otras muchas cosas: que estaba enamorado de mí lo cual ya sabía yo, porque me lo había escrito una porción de veces; y desde hace seis meses, todas las noches, desde las diez, se pasea bajo mis ventanas.

—¡Oh! dijo el rey con voz sorda enjugándose el sudor que corría por su frente, ¡eso ya es otra cosa!

—¿De modo que ya no os parece tan pesada la cabeza del príncipe?

—Tan ligera es, que si no me contuviera, el fuego de mi cólera la arrancaría de sus hombros.

—¿Y por qué no lo hacéis?

—Carlota, es este asunto demasiado grave para que lo resuelva solo.

—¿Necesitáis el permiso de vuestra madre? dijo desdenosamente la joven. ¡Pobre rey niño, que no puede obrar sin ajena inspiración!

Francisco lanzó una mirada amenazadora á quien tan irónicamente le increpaba; mas se encontró con la serena pero implacable y altiva, de la joven, y entornó los ojos vencido por los fulgurantes destellos que despedían los de su amada.

—¿Por qué no he de solicitar el beneplácito de mi madre? dijo el rey tras un momento de vacilación.

—¿Y si os lo rehusa?

—Me pasaré sin él.

—¿De veras?

—Tan cierto como aborrezco mortalmente al príncipe.

—¿Y cuántos minutos me concedéis para la ejecución de mi venganza?

—Esos proyectos no se forman en minutos, Carlota.

—¿Cuántas horas entonces?

—Las horas pasan muy de prisa, y nada bueno puede hacerse con precipitación.

—¿Cuántos días necesitáis?

—Un mes.

—¿Cierto?

—Cierto.

Iba á continuar Francisco, pero el tapiz se levantó y el oficial de servicio anunció:

—Su majestad la reina madre.

El rey indicó á su querida la puerta de la alcoba que daba á un gabinete que comunicaba con el corredor.

La joven, que no pretendía sostener la presencia de la reina madre, se lanzó en la dirección indicada, pero antes de desaparecer tuvo tiempo de decir al rey:

—Confío en vuestra promesa, señor.

La reina madre apareció por segunda vez en aquel día en la cámara de su hijo.

Un cuarto de hora después de la ejecución de Anne Dubourg, la plaza de Saint-Jean-en-Greve estaba sombría y desierta, iluminada únicamente por los últimos resplandores de la hoguera.

Dos hombres cruzaban lenta y silenciosamente por la plaza asemejando fantásticas figuras, según llegaban hasta ellos los resplandores debilitados de la hoguera.

—Y bien, príncipe, dijo uno de los dos deteniéndose á diez pasos de la misma, ¿qué opináis de lo que acaba de pasar?

—No sé qué responderos, primo, pero puedo deciros que he visto morir muchas criaturas humanas, he asistido á toda clase de agonías, he escuchado veinte veces el estertor de un moribundo, pero nunca, señor almirante, ni la muerte de un bravo enemigo, ni la de una mujer, ni la de un niño, me han producido una emoción semejante á la que he sentido cuando el alma de ese hombre abandonaba la tierra.

—Pues yo, señor, dijo el almirante, me he sentido presa de un terror extraordinario; la sangre se ha helado en mis venas y, en una palabra, primo, he tenido miedo.

—¿Miedo, señor almirante! dijo el príncipe mirando á Coligny lleno de sorpresa, ¿decís que habéis tenido miedo?

—Sí, miedo; no sé qué sensación de hielo ha pasado por mis venas, he sentido algo como el sombrío presentimiento de mi próximo fin. Primo, estoy seguro que yo moriré también de muerte violenta.

—Entonces dadme la mano, repuso el príncipe, porque á mí también se me ha predicho que moriré asesinado.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos hombres.

Uno y otro meditaban profundamente.

De repente, un hombre de elevada estatura, envuelto en su capa, apareció delante de ellos, sin que en su preocupación hubieran oído el ruido de sus pasos.

—¿Quién va? dijeron estremeciéndose y echando mano á las espadas.

—Un hombre, respondió el recién llegado, á quien ayer noche, señor almirante, honrasteis con vuestra conversación, y que probablemente hubiera sido asesinado á no correrle monseñor.

Y al decir esto, quitóse el sombrero saludando á los dos personajes.

El príncipe y el almirante le reconocieron.

—¡El baron de la Renaudie! exclamaron los dos á la vez.

La Renaudie sacó el brazo y le extendió hacia el almirante; pero por rápido que fué aquel movimiento, una tercera mano se adelantó á la suya.

Era la del príncipe de Condé.

—Os engañáis, padre mío, dijo al almirante, ahora somos tres.

—¿De veras, hijo mío? exclamó el almirante con un grito de alegría.

A los últimos resplandores de la hoguera se apercibió un grupo de soldados que desembocaban en la plaza.

—Ahí está M. de Mouchy con sus hombres, dijo el almirante, retirémonos, amigos míos, y no olvidemos nunca ni lo que acabamos de ver, ni lo que acabamos de jurar.

Los tres conspiradores habían sido vistos por las gentes de Mouchy, aun cuando no les reconocieron, y se dirigieron hacia ellos.

Pero como si la llama no hubiera esperado más que aquel momento, se extinguió, quedando la plaza profundamente oscura.

En esta oscuridad desaparecieron los tres jefes futuros de la reforma protestante, que debían caer, uno después de otro, víctimas del juramento que acababan de prestar.

FIN

ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO: I.—La feria del «Landi»	I
II.—Donde queda explicado por qué cuando llueve el día de San Medardo llueve cuarenta días después.	8
III.—La posada del «Caballo rojo»	17
IV.—Los viajeros.	24
—	
I.—Marcha triunfal del presidente Minard.	43
II.—El santo del presidente Minard.	49
III.—El final de la fiesta.	59
IV.—Los montañeses escoceses.	69
V.—Al pie de la Torre Nueva.	77
VI.—La sirena.	97
VII.—La virtud de la señorita de Saint-André.	103
VIII.—La sala de las Metamorfosis.	113
IX.—El tocador de Venus.	119
X.—Los dos escoceses.	127
XI.—Lo que puede pasar bajo una cama.	135
XII.—Los poetas de la reina madre.	145
XIII.—Marte y Venus.	153
XIV.—Donde M. de Joinville se ve obligado á referir su desventura.	159
XV.—Lenguas viperinas.	169
XVI.—«Tira-lana» y «Tira-seda».	177
XVII.—De tal madre, tal hijo.	185
XVIII.—Donde M. de Condé aconseja al rey la rebelión.	197
XIX.—El rey cambia de opinión respecto al príncipe y al consejero.	205
XX.—Declaración de guerra.	211
XXI.—El hijo del condenado.	219
XXII.—Mezieres deja de ser paje.	223
XXIII.—Lo que pesaba la cabeza del príncipe de Condé.	233